

Del huerto de mi casa

Palabras, en el homenaje a doña Olga de Echandi "Mujer del Año" 72-73, (que, con excepción del autor, nadie oyó por mor de la Electrónica).

Hace exactamente tres años y con motivo de unas hermosas y bellas vacaciones que pasé en el Hospital de San Juan de Dios, con el peritoneo partido por la mitad, deambulando a pie o en silla de ruedas, me di cabal cuenta, al cabo de casi sesenta y cinco años, de que nada hay más nefasto en la herencia de la cultura grecolatina, que el concepto de belleza de la forma. Se trataba, de una idea pagana, y por ello, vestida de un signo de crueldad. Fue necesario, apuntaba entonces, que un Nazareno, paseando a lo largo de las riberas del lago Tiberiades, introdujera un concepto posterior y doloroso de la belleza cristiana ya no mitológica, ni de artificio —sino, con un hondo temblor de carne. Desde aquellos tiempos, contra las ideas de la época y bajo el dominio de Roma, el joven y blondo rabí auscultó la forma y extrajo de ella el contenido.

Desde aquel día nada fue totalmente bello si no existía un equilibrio, al que posteriormente se le llamaría armonía, entre el fondo y la forma. El panteísmo había caído en descrédito y surgía un nuevo concepto —cristiano, adoloridamente humano— auspiciado por el acicate de la salvación del alma de los horrendos pecados terrenales. Y como prueba de ello, ofreció el joven intrépido filósofo su cuerpo en sacrificio, pues vino a crucificar su "ego" en el entrecruce de los tramos de la cruz griega: el horizontal, que representaba la vida mundana y el vertical, que lo hacía con la divina; esto es así si nos atenemos a la interpretación que anuncian los "swamis hindúes", andariegos por los caminos del mundo en busca del Dios que todo lo puede.

Este trastrueque de ideas representó la más grande revolución de los tiempos; mayor que la que produjo Freud al desentrañar el subconsciente, muchos siglos después, poniendo al alcance del conocimiento científico la existencia de un rincón hermético y construido de enigmas que develiza en forma total, al menos hasta hoy, el secreto obnubilado del espíritu humano. Esa revolución ha tenido vida por veinte siglos, no solamente en su idea fundamental, sino en sus proyecciones políticas, económicas y sociales; y es hasta ahora, que el mundo, confundido y perdida la rosa de los vientos, intenta la rotura de esa tinaja de agua fresca que bebió la humanidad, por la sandez de que ya tiene refrigeradora eléctrica "sumun" del ingenio humano. Se trata, como ustedes pueden ver, de un intento de revertir los conceptos hacia la idea panteísta de la forma, en la que ya todo será "ella", económica y política, con olvido total del contenido. Estamos, pues, en el momento de la disyuntiva enigmática de retornar a los sofismas griegos, muchos siglos antes de Cristo, cuando hasta Aristóteles hablaba de esclavitud como un elemento de composición necesario para la sociedad.

Este es el momento histórico en que la idea nutricia de la doble concepción —fondo y forma— está sometida a una crisis y a una prueba de fragua. No solamente en la aplicación filosófica del doble concepto de belleza, sino de los de libertad, libre albedrío, valor individual del ser humano. Poco nos falta, para regresar a las orgías de los israelitas antes de recibir Moisés el Decálogo de manos del Señor. El hombre es un ser limitado que está tendido siempre en el brocal de la locura. Es por ello, por lo que todo lo hecho dentro de una sociedad para mantener los valores tradicionales, reviste las características de una batalla sin



José
María
Cañas

descanso en la guarda de los perennes y fundamentales conceptos. Esta situación ambiental es, precisamente, la que da mayor estirpe a toda función humana a la busca de los valores eternos en sus más destacadas figuras. Solamente enaltecendo aquello que reluce, se puede ir ejemplarizando a los semejantes. Una sociedad monótona se muere de hastío. Todo conglomerado humano que, trabajosamente, subsiste —como si vivir fuera solamente escapar con vida de un naufragio— se arruga, envejece y termina por perecer. Si la inmensa congoja, la larga aridez la envuelve sin puntos alertadores en el camino, sin referencias que marquen los nortes por donde han de venir las aguas y los vientos, caducará como muere el caminante solitario en el país de la desgracia, donde sólo salitre beba; donde solamente infortunio, sopla.

Es, pues, admirable, la ya vieja costumbre que ha impuesto en nuestro medio, la "Unión de Mujeres de América". Se trata de mostrar al país, cada año, la "Mujer" cuya integral personalidad signifique un concepto total de humanismo, señorío, abnegación, servicio y cultura, trabajo, don de gentes; ese complejo total de una mujer en acción que completa en su formamás cristiana, la idea de "belleza integral y unánime", por el hecho fundamental de que nada hay más bello que el ejercicio de las virtudes en bien del prójimo, suprema obra de caridad, virtud Teologal que a su vez es suprema Misericordia.

Una ya larga lista de damas ha sido mostrada a la sociedad como paradigmas de irreversibles cualidades y obras. Las elecciones han sido justas, eficaces, acertadas. Si la elección la hubieran hecho los hombres, seguramente habrían terminado por construir una paparrucha, (como los Concursos en que las elegidas están a punto de resfriarse) pues carecen de ese sentido enigmático, con el cual la mujer, sin los espavientos del varón, logra el concepto ceñido y exacto de todos los problemas.

En este año, y en esta ocasión, el acontecimiento de una nueva "Mujer del Año" que se inicia, y de una "Mujer del Año" que cumple su ejercicio, tiene brillantez inusitada, por el hecho novísimo de que ambas caminaron junto al varón que manejaba el Poder Ejecutivo, y en sus pensamientos y en sus comportamientos, tuvieron tan singular actitud, tan discreto y exquisito tacto, tan fina y etérea labor de hondo, vario y humilde propósito cristiano. Doña Marita de Orlich ha sido, con plenitud de derechos, la dama que aportó gran prestigio a la lista de "Mujeres del Año". Si por don Francisco Orlich guardamos los costarricenses nuestra admiración dada la pulcritud con la que manejó el ejercicio de su magistratura, por doña Mari-

ta, en igual proporción, reservamos cálido y fervoroso respeto por la "sui generis" sencillez de su expresión. No en balde resplandecieron en ella los más sólidos y antiguos patrones de conducta; esa forma de ser que exhalaba ponderación y señorío, discreto actuar, paciente y hondo; distinción en la actitud, sencillez en el trato, apasionamiento por el bien; y la palabra justa y equilibrada. Aún se recuerda con sencillo beneplácito, el encanto y admiración que despertara en sus afanes tan finamente revitalizadores de las más acendradas virtudes de la mujer costarricense.

Deseo explicar aquí que me sirvo de la palabra, a petición de las señoras de la "Unión de Mujeres de América", por el único mérito de haber conocido a doña Olga de Echandi cuando vestía el uniforme a rayas azules del Colegio de Señoritas. Fuimos vecinos, allá por aquellos años. Y puedo decir a Uds., con derecho inalienable, que está intacta en su física y espléndida belleza y en la luminosidad de su sonrisa, jamás marchita y jamás negada.

Toda ella se sintetiza, como flor del espíritu, en la acogida bienaventurada que da generosamente con su sonrisa. Jamás hubo flor que soportara, tan fresca e inalterable, el paso de los días y el trajinar de la vida. De sangre mediterránea, porta la belleza del Adriático, lo tranquilo del Arno, la profusión de fuentes y mármoles de su tierra solariega; en ella están el encanto renacentista de Florencia, la vieja historia de "lo eterno" en la ciudad asentada sobre siete colinas, las lunas crecientes de Venecia, y hasta el frescor de las vegas del Po. Su presencia se refleja sobre nuestra sociedad, como se refracta sobre las aguas del río el cimborrio de Santa María del Fiore. Todo este milagro es posible por la pureza de su espíritu, la generosidad de su actitud, el señorío y la sencillez de su trato, la modestia de la palabra enternecida y conternada, el embrujo que derrama, siempre sonriente, con un trasunto mediterráneo de alegría espontánea, pronta y viva, en los ojos y en las comisuras. Llegar a ella, es tener asegurada la hospitalidad, poder contar con un sitio de descanso; encontrar la sombra que alivia y la bebida que reconforta. Tiene, como todos sabemos, la dulce dulzura de una mística de comprensión humana.

El hecho de que a doña Olga Benedictis de Echandi se le lleve al sitio honroso de "Mujer del Año" constituye, a no dudarlo, un deseo de los costarricenses que se ha cumplido debidamente.

Rindo a mi vecina de antaño —alegre estudiante, bella como un melocotón tierno— y a la dama de hogaño —señora, que deja en el aire que mueve al andar, una sensación grata de encanto y respeto— el homenaje del cariño que por muchos años me ha unido al varón que la acompaña en la vida.

Y, pobre de mí, como pobre de hatillo, vengo a depositar, a los pies de tan distinguidas señoras, esta gavilla de palabras torpes traídas, bajo el brazo, del huerto de mi casa.